

# La humanidad literaria de Juan Bosch

Por Jorge RUEDAS DE LA SERNA\*

*Para mi amigo Ambrosio Velasco,  
gran universitario y hombre bueno*

LOS NUMEROSOS CUENTOS DE JUAN BOSCH no son, en contra de lo que podría pensarse, cuentos políticos. No se predica en ellos ninguna doctrina ni tampoco se representa algún tipo de lucha política; tampoco se alude a partido alguno, ni se denuncia la represión o la injusticia de las instituciones. En otras palabras, este gran narrador no se sirve de la literatura como instrumento político. Y esto lo hace, ciertamente, un escritor aún más excepcional.

Fue un maestro que se vio orillado a la lucha política, porque no fue tampoco un “político profesional” como los conocemos hoy en día, sino alguien que se fue radicalizando por los duros golpes del caudillaje y la intolerancia (intolerancia de la oligarquía criolla, de la Iglesia retrógrada, del imperialismo gringo), y nunca perdió la clara noción de que la literatura era una manifestación poderosa del espíritu humano, que no debía ser prostituida ni para ganar *status*, ni privilegios, ni cargos políticos, ni posiciones de autoridad.

La literatura para él no debía servir para conseguir el poder o la victoria política, porque éstos no traían la felicidad al ser humano, como lo dice claramente en su novela *La Mañosa*: “La felicidad no se encuentra en el poder, en la revolución; se encuentra más bien, en la posibilidad de los hombres de poder reafirmar sus sentimientos, haciéndolos cada vez más firmes, puros y solidarios”.<sup>1</sup>

Y esto es lo que explica por qué sus cuentos representan dramas sociales dilacerantes, pero no como resultado de la lucha de clases, sino como tragedias de seres humanos que son víctimas de otros seres humanos envilecidos y desalmados. Y ello explica también por qué la pintura de esa realidad miserable puede llegar a un extremo de sadismo, capaz de herir sin misericordia la sensibilidad del lector.

Si no fuera porque Juan Bosch parecería perseguir, con la perversidad narrativa que caracteriza sus cuentos, el fin de conmover profun-

---

\* Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <ruedas@servidor.unam.mx>.

<sup>1</sup> Citado por Salvador Bretón Holguín, “Bosch: *La Mañosa* y caudillismo político”, *Hoy Digital*, en DE: <<http://www.hoy.com.do/opiniones/2007/5/11/221837/print>>.

damente los sentimientos del lector, para provocar en él una especie de catarsis emocional, la calidad estética de su obra se vería comprometida.

Veamos un ejemplo: el cuento “La Nochebuena de Encarnación Mendoza” es uno de sus relatos más celebrados y antologados. Suele ser puesto como ejemplo de un cuento perfecto. Sin embargo, analicemos brevemente algunos aspectos: “un prófugo de la justicia cruza los campos con la intención de llegar a su casa y celebrar con su esposa y sus hijos la Navidad. Como está amaneciendo, opta por ocultarse en un cañaveral para continuar de noche su camino. El perrito de un niño que pasa por ahí lo descubre, y el fugitivo se hace el muerto. El niño recoge a su perrito y huye despavorido. Llega a la tienda y, presa del pánico, informa al sargento ahí presente que había encontrado un muerto. Una partida policiaca inicia la búsqueda, e irremediamente el perseguido es asesinado. Amarran el cadáver en el lomo de un asno para transportarlo hasta la carretera; pero en el camino el sargento “urdió un plan del que se sintió enormemente satisfecho”:

Pues al sargento no le bastaba la muerte de Encarnación Mendoza. El sargento quería algo más. Así, cuando un cuarto de hora después se vio frente a la primera casucha del lugar, ordenó con su áspera voz:

—Desamarren este muerto y tírenlo ahí adentro, que no podemos seguir mojándolo.

[...] Cuando el cuerpo estuvo suelto llamó a la puerta de la casucha justo a tiempo para que la mujer que salió a abrir recibiera sobre los pies, tirado como el de un perro, el cuerpo de Encarnación Mendoza. El muerto estaba empapado en agua, sangre y lodo, y tenía los dientes destrozados por un tiro, lo que le daba a su rostro antes sereno y bondadoso la apariencia de estar haciendo una mueca horrible.

La mujer miró aquella masa inerte; sus ojos cobraron de golpe la inexpresiva fijeza de la locura; y llevándose una mano a la boca comenzó a retroceder lentamente hasta que a tres pasos paró y corrió desolada sobre el cadáver al tiempo que gritaba:

—¡Hay mi’ shijo; se han quedao huérfano... han matao a Encarnación!

Espantados, atropellándose, los niños salieron de la habitación lanzándose a las faldas de la madre.

Entonces se oyó una voz infantil en la que se confundían llanto y horror:

—¡Mamá, mi mamá...! ¡Ése fue el muerto que yo vide hoy en el cañaveral!<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Juan Bosch, “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”, en *Cuentos selectos*, Caracas, Ayacucho, 1993, p. 165.

Así, cuando el escritor nos dice que al sargento “no le bastaba la muerte de Encarnación Mendoza”, sino que “quería algo más”, en realidad no es el sargento sino el escritor mismo, el que necesita algo más para redondear su cuento.

El esbirro no sabría a quién estarían arrojando el cadáver; como no supo antes que el niño era hijo de Encarnación Mendoza; pero el escritor había preparado desde un principio ese final sorprendente, manteniendo oculta la identidad de esa criatura. Y, a pesar de todo, como no se entiende por qué el inhumano sargento cometería esa acción cruel y estúpida, sin sentido, el cuento deja de ser verosímil.

Se podría decir que la arbitraria e injustificada acción del sargento, al fin representante de la ley, podría significar la violencia gratuita e injustificada que las fuerzas represivas infringen contra la sociedad indefensa, sólo por placer sádico. Pero aún así el cuento penaliza al sargento y no al resto del pelotón, que desaprueba lo que el sargento está haciendo. Como en todos sus cuentos, el problema se origina en el ser humano.

A Juan Bosch lo conmueve sobre todo la proclividad que revelan los individuos a hacer daño, a hacer sufrir y a llegar al límite de la degradación. En el cuento “La mujer”, también muy celebrado, el final sorprendente es ella golpeando con una piedra la frente del hombre que luchaba por salvarla del marido que la mataba a golpes. En “En un bohío” está otra mujer —esperando al marido preso—, en la pobreza más extrema, sucia y andrajosa, con dos niños enfermos que deliran ardiendo en fiebre, y está dispuesta a satisfacer a un extraño por miserable medio peso.

Podría pensarse que el escritor se complace pintando con delectación esos cuadros de sufrimiento mayúsculo, en los que las víctimas ya no pueden ni sentir dolor, como la mujer del bohío. Pero no es así, implícitamente nos dice: “Esto es lo que no debe ser, y el mal no está fuera, sino dentro del ser humano”. Ahí está el mal; está —parece decir— en todos nosotros, en la medida en que nos volvemos insensibles, en que nuestros sentimientos se encuentran atrofiados. Entonces hay que hacer que las personas —los lectores— vuelvan a sentir, que perciban los sufrimientos viscerales de los otros; que vuelvan a sentir un poco de compasión y de piedad. Y eso vale para todos los seres humanos, por el hecho de ser hombres, independientemente de la posición social.

Un cuento verdaderamente ejemplar es “Maravilla”: un hermoso toro que es forzado por un arriero inclemente a cruzar por una escarpada loma hasta un aserradero, donde atado a la yunta con otro toro

viejo y resignado, acabará sus días despeñado en el desfiladero. El narrador entra al interior del animalito y nos hace sentir el dolor y la impotencia que sufre por los crueles castigos que le infringe con un pico de acero el verdugo, para obligarlo a continuar la extenuante carrera en la montaña. He aquí una muestra del amor y la compasión por los animales que auténticamente profesaba Juan Bosch. ¿Después de leer este cuento conmovedor, puede alguien deleitarse con ese espectáculo salvaje que llaman “fiesta brava”?

Ciertamente Juan Bosch fue un maestro del cuento, pero no tanto por sus “Apuntes sobre el arte de escribir cuentos”, en los que nos revela algunos de los secretos de su técnica, particularmente cuando dice que en la novela el escritor debe dejarse llevar por los personajes, que están vivos, en tanto que en el cuento debe someter a éstos a su plan original. Cito:

El novelista crea caracteres y a menudo sucede que esos caracteres se rebelan al autor [...] En el cuento, la situación es diferente; el cuento tiene que ser obra exclusiva del cuentista. Él es el padre y el dictador de sus criaturas, no puede dejarlas libres ni tolerarles rebeliones.<sup>3</sup>

De ahí la importancia de la técnica que —dice— se exige al cuentista como condición primordial. Él mismo señala la relativa importancia de algunas características tradicionalmente atribuidas a los buenos cuentos, como, por ejemplo, el “final sorprendente”, y dice, con toda razón, que ésta “no es una condición imprescindible en el buen cuento”, y añade: “Un final sorprendente impuesto a la fuerza destruye otras buenas condiciones en un cuento”.<sup>4</sup>

Pero sorprende que él mismo haya desacatado sus propias normas, pues el primer cuento mencionado, “La Nochebuena de Encarnación Mendoza”, tiene un final “sorprendente”, como vimos, impuesto a la fuerza. En tanto que otros magníficos cuentos tampoco siguen al pie de la letra sus preceptos, como “Dos pesos de agua”, en el que las ánimas del Purgatorio reparan en la cantidad de velas que la rezadera les ha ofrendado para que llueva y, en compensación, le mandan un diluvio; o “El socio”, es decir el demonio, que aliado al cacique lo favorecía y protegía en todo hasta que, invocado por una de las víctimas, le retira su favor satánico y lo deja desvalido para que el vengador consume su desquite. Cuentos que, en efecto, no siguen un esquema rígido, sino, por el contrario, son fluidos, vivos y con sentido del humor.

---

<sup>3</sup> Bosch, *Cuentos selectos* [n. 2], p. 4.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 5.

Bueno, pero quedémonos por aquí diciendo que Juan Bosch nos enseña más como cuentista que como preceptista, como siempre sucede con los grandes escritores, y, al mismo tiempo, nos enseña que la literatura cumple y debe cumplir, como también decía Alfonso Reyes, una función social; no una función política ni de otra índole mercenaria sino, repito, una función social en el más noble sentido de la palabra, la literatura nos agranda, nos hace mejores seres humanos, fortalece y purifica nuestros sentimientos.

#### RESUMEN

El escritor y político dominicano Juan Emilio Bosch y Gaviño (30 de junio de 1909-1° de noviembre del 2001), es reconocido hoy en día como uno de los mayores cuentistas latinoamericanos. Fue también un teórico del género. Se discute aquí el sentido trascendente de su literatura.

*Palabras clave:* Juan Bosch, cuento latinoamericano, literatura, política.

#### ABSTRACT

The Dominican writer and politician Juan Emilio Bosch y Gaviño (June 30<sup>th</sup> 1909-November 1<sup>st</sup> 2001) is recognized to this day as one of the greatest short story writers of Latin America. He was also a theorist of that genre. In this article is discussed the transcendental sense of his literature.

*Key words:* Juan Bosch, latinoamerican short story, literature, politics.